

DOMINGO CARBAJO



Nacido en Madrid, 1957; casado, Inspector de Hacienda del Estado, Licenciado en Ciencias Económicas, Licenciado en Derecho y en Ciencias Políticas. Máster en Tributación por Harvard University y, sobre todo, intento de poeta.



MICRO RELATOS

ASESINATOS DE VERANO

LA BELLEZA

La música era mi vida: sus normas, la belleza del ritmo, el esplendor del canto, el orden de las cosas.

Por eso, cuando contemplé en la calle el horroroso sombrero que aquella portaba en su cabeza, ese adefesio infernal que rompía el paisaje, ese mamarracho inútil, no supe soportarlo y algo se quebró en mi interior.

No pude, entonces, resistir el impulso de restaurar la armonía y, de un balazo certero, se lo arrebaté del cráneo.

LA DISCO

Aquella era la discoteca más famosa de la temporada y en la noche veraniega miles de jóvenes se acercaban a tal antro, donde un ruido infernal, primitivo, estridente y sin ritmo arrebatava sus oídos sin descanso.

Mientras, cada vez más excitados, el público imberbe bebía brebajes innúmeros e ingería drogas de lo más variado, buscando siempre lo diferente, lo inesperado, lo novedoso, lo efímero, lo excitante.

Por eso, aquel día, causó un gran éxito mi composición química, mi neo-éxtasis, la cual se vendía en pastillas rosadas y evanescentes y cientos de consumidores me arrebataron la sustancia de mis manos.

Lástima que el cianuro fuera su componente más relevante y el goce durara tan pocos instantes.

LA PLAYA

Multitud de cuerpos se bruñían estúpidamente al sol, a pesar de las reiteradas advertencias médicas en contra de los golpes de calor y el efecto cancerígeno de los rayos. Al fin y al cabo, las aguas del mar resultaban refrescantes y tentaban con su azul prístino y transparente.

Yo no comprendía, sin embargo, por qué la gente no seguía consejos tan científicos y se retiraba racional y ordenadamente de las playas hacia la sombra y el frescor del interior.

Por ello, para convencerles y enmendar sus errores, no tuve más remedio que arrojar unos cuantos tiburones blancos en las aguas cercanas a la costa y éstos, ávidos de carne, dieron buena cuenta de tanto bañista insensato.

MICRO RELATOS DE NAVIDADES

LA GLORIA Y SUS PASIONES

Quiso serlo todo: el poder y la gloria. Que lo amasen y fuese amado por las mujeres más bellas y seductoras. Ansío el poder y sus simulacros, las victorias en batallas sin cuento, el triunfo ante multitudes enfervorecidas y rendidas a sus encantos.

Después se despertó, y se dio cuenta de que, ayer, se había olvidado de comprar el café en el mercado de la plaza.

EL TREN DE ALTA VELOCIDAD

En la pequeña ciudad provinciana no se habla de otra cosa ¡Por fin llegaba la modernidad a la urbe cerrada y vetusta! ¡Por fin, en apenas una hora, se podría alcanzar la capital, aproximándose sus habitantes a los cambios vertiginosos que nos estaba trayendo este siglo!

En la nueva estación, plena de luces y tecnoestructuras sin tasa, un variopinto elenco de ciudadanos, vestidos como para pasear de domingo, ahítos por cualquier euforia por lo nuevo, se preparaban a abordar el AVE en una fría mañana de invierno...

Los viajeros, adormilados, subieron sus solapas y apretaron sus rebozos o capas ante las rachas del húmedo viento y agradecieron el trasiego del vino que, desde una bota, les pasaba una de las personas que, como podía, se resguardaba como ellos de la neblina y la cellisca, tiritando; mientras, a lo lejos, se oía como el carro de mulas, la calesa de «La Rápida», se iba acercando al trote al cubículo de madera, extramuros de la vieja posada, donde todos aguardaban el largo y penoso viaje.

LA NOCHE DE LOS REYES MAGOS

El niño puso con la mayor ilusión su par de zapatos en la ventana del cuarto. Apenas pudo dormir esperando la llegada de sus Majestades, con el aluvión de regalos que, en minuciosa carta y con su mejor caligrafía, les había demandado.

La mañana de seis de enero, al alba apenas, el infante descubrió alborozado que había recibido cuanto había soñado: la PlayStation 4, el disfraz de Spiderman, el iPad e, incluso, algunos objetos que no recordaba haber incluido en su detallada misiva a los Reyes Magos.

Sin embargo, cuando se quiso poner las botas, descubrió perplejo que no le cabían en sus piecitos blancos. El relente y la lluvia las habían agrietado y un cuero retorcido impedía que penetraran en su empeine.

OTROS

LA CITA

Tras concluir una agotadora sesión de trabajo, envíe a Laura un correo electrónico escueto y contundente: «Dime si puedes quedar mañana a las 7 p.m. en el café de siempre. Es importante».

La noche caía sobre un Madrid plomizo y aguardaba, impaciente, su respuesta, decisiva (así lo veía yo) para nuestro futuro (si es que lo había) en común.

Dos horas más tarde, parpadeó mi ordenador y tenía la respuesta: «De acuerdo, allí estaré. Te quiero. Carmen».

Aliviado, respondí a tan gloriosa misiva: «Gracias, Julia, espero verte pronto».

Al mismo tiempo, en el Whatsapp de mi móvil se iniciaron nuevos mensajes: «¿Seguro que quieres verme en ese café? No me trae buenos recuerdos. Tu amiga, Cecilia». «Te aguarda con impaciencia y cariño, Mari Nieves». «El café sin ti no era el mismo. Gracias por retornar a sus mesas, Carolina».

Iba a responder a María, a preguntarle el porqué de su disgusto por el lugar de nuestro próximo encuentro, pero Facebook me advirtió de un mensaje urgente: «Perdona, no sé si estoy preparada para volver a verte. Ese café no me trae buenos recuerdos. Lo siento, Jimena».

Me desconcertó esa duda, me atribuló esa negativa e, inmediatamente, respondí: «Sabes que es muy importante que nos veamos en el restaurante donde tantas veces comimos juntos. Por favor, ¿qué te cuesta quedar mañana a las 15 horas? Serán solo unos minutos, dime que sí, Adelaida».

Quizás la Red «Linkendin» esperaba tal urgente nota y me indicó que Asunción estaba de acuerdo con nuestra prevista cita en el aeropuerto de Orly, para mañana a las 20 horas, tras la llegada del vuelo de Iberia.

Mientras, la bandeja de mensajes de mi buzón de correo se iba llenando de entradas con nombres diferentes: Eva, Jane, Marie, Rosario, Yelena, María Asunción, etc.

La lectura de los mismos me convenció de lo inevitable: mañana, a las 21 horas p.m., lo que estaba tratando de retrasar desde hace tanto tiempo se iba a producir, quisiera o no y Maribel me estaría esperando en la terraza del bar de siempre.

Decididamente, me preparé para esa cita y encargué un gran ramo de rosas (la flor preferida de Yolanda) para que el destino me fuera favorable, pues intuía que María Ignacia, la mujer que me aguardaba, iba a ser la mujer de mi vida.

